

...“Entendiendo todo según las Constituciones”... 9 claves de lectura

Jesús M. Sariego S.J.

Desde hace unos meses, las estanterías de los jesuitas cuentan con un huésped obligado: las Constituciones de la Compañía y sus Normas Complementarias¹. En medio de la premura de nuestras ocupaciones y asediados por las cartas de nuestras Curias, unos y otros buscamos tiempos personales y grupales para “digerir” este decreto sin número, el más amplio de la reciente Congregación General 34. En honor de la verdad, la labor resulta algo tediosa: supone cotejar con paciencia el vaivén de páginas que separan la nueva normativa y el viejo texto de las Constituciones, que en no pocos pasajes ha sido derogado, modificado, declarado o ampliado. Sin duda una labor menos gratificante que la refrescante lectura de los decretos sobre la Compañía y la situación de la mujer, la colaboración con los laicos o la ecología².

Para la mayoría, lo más arduo de esta empresa reside en la lectura del propio texto de las Constituciones de las que las Normas son

¹ Constituciones de la Compañía de Jesús anotadas por la Congregación General XXXIV y Normas complementarias aprobadas por la misma Congregación, Roma, 1995.

² Cong. General 34. Dec. 14. La Compañía y la situación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. Dec. 13. Colaboración con los laicos en la misión. Dec. 20. Ecología (Recomendación al P. General)≤

un actualizado complemento. Envueltas en ese castellano castizo cuajado de hipérbaton, olvidadas en el baúl de recuerdos de los primeros días de la formación, mutiladas a través del tiempo en *Epítome y Reglas del Sumario*, relegadas sus revisiones a lo largo de la historia al monopolio del saber de los peritos en cánones, las Constituciones han sido por años asunto de expertos en “latines”. La verdad es que los jesuitas del postconcilio nos hemos identificado más con los Ejercicios y los decretos de las últimas Congregaciones Generales.

Pero en los últimos años, a todo lo ignaciano le ha ocurrido lo que a su casa natal: con motivo del V Centenario la han logrado desnudar de tanto perifollo de dorseles, tapices, altares y toda suerte de barroquismos para dejarla en la desnudez de las piedras y ladrillos entre los que Ignacio halló a Dios. Hoy es más “loyola”, que, al decir de los expertos en euskera, significa “tierra de barro”. Tal vez por eso la cúpula de la Basílica amenazada de derrumbe ha tenido que ser apuntalada... ¿Cuándo les llegará el turno a los compases de aquella marcha que nos invitaba “enarbolar la Cruz por pendón” para batirnos en batalla campal?.

Dichosamente ese tipo de aires renovadores también ha llegado a las recónditas regiones de la espiritualidad jesuítica. Comenzamos a familiarizarnos con los textos primigenios de Ignacio leídos de primera mano. Hemos sustituido la magnificencia del relato de Ribadeneira por la propia *Autobiografía* del peregrino, aunque algo cercenada. El fragmento de su *Diario Espiritual* ha dejado de ser un texto críptico. Empezamos a poner orden en la selva de sus casi 7.000 cartas y tenemos un conocimiento más certero de los primeros años de la Compañía³. Justo es que le toque el turno de esta suerte al texto de las Constituciones (también, por cierto, un texto espiritual). Al fin y al cabo, en la fórmula de nuestros votos, al tiempo que asumimos nuestra

³ Vid. O' MALLEY, J. W. *Los primeros jesuitas*, Mensajero-Sal Terrae, 1995. También las recientes publicaciones de las revistas *CIS*, *Manresa*, *The Way*, o *Studies in the Spirituality of Jesuits*...

identidad de jesuitas prometimos vivir y entendernos a partir de dicho texto, *“omnia intelligendo iuxta ipsius Societatis Constitutiones”*⁴.

Ignacio siempre entendió que, una vez redactadas, las Constituciones necesitaban de una “fase de promulgación” para explicarlas y aplicarlas en cada ambiente. En 1553 comisionó a Nadal para realizar esta tarea en España y Portugal. Dos años más tarde encargó la misma tarea a Ribadeneira en Colonia, Lovaina y Tournai. En 1556, Antonio de Quadros, debidamente entrenado por Nadal, se hizo a la vela hacia el Oriente con el mismo propósito de difundir y explicar las Constituciones. Tres años después Laínez dio una serie de dieciséis charlas sobre ellas a unos doscientos jesuitas de Roma. En 1561, como resumen de tantas pláticas que había podido ofrecer en las diversas casas sobre ellas, redactó su obra *“Scholia in Constitutiones”*, un comentario detallado que la Segunda Congregación General, en 1556, reconoció como dotada de una especial autoridad, aunque no con carácter prescriptivo. Si recorremos estos escritos, aunque sumariamente, observaremos el interés de sus autores por establecer una conexión entre el texto de las Constituciones, la vida de los primeros jesuitas, las experiencias fundacionales y las grandes vivencias de los Ejercicios que eran la única vivencia que poseían en común hasta entonces todos los jesuitas.

Estas páginas se suman a los muchos intentos que por aquí y por allá se realizan para hacer más comprensible la reciente renovación del las Constituciones. Escritas para el jesuita “de a pie”, no especialista, sólo tratan de ofrecer algunas perspectivas de lectura que logren hacer más digerible, pero no sustituir, la relectura (¿o lectura?...) de las mismas Constituciones. Los casi 900 números en que está dividido el documento nos impiden ser ambiciosos. Simplemente esbozaré algunas consideraciones globales, subyacentes o presentes en el documento para hacerlo un poco más familiar al lector. Propongo a continuación nueve posibles claves de lectura.

4

Const.Nº 540. En adelante sólo se citará el número.

1. ¿Un laberinto difuso?

"Un laberinto difuso que ni superiores ni inferiores podrán saber". La frase no podría ser sino de aquel castellano que hablaba sin ambages y veía con desconfianza tantas leyes: Nicolás de Bobadilla⁵. Más comedido en sus epítetos, Salmerón expresó lo mismo en la famosa reunión de 1550 cuando Ignacio y Polanco presentaron un borrador del texto⁶. Pero este ex abrupto de Bobadilla también podría ser de muchos lectores que se acercan por primera vez a las Constituciones. Nada que nos recuerde la simplicidad evangélica de las normas franciscanas o el tono lacónico de la Regla benedictina. Complejidad por su amplitud, por la diversidad de estilos que se entremezclan desde las invitaciones más espirituales hasta las disposiciones organizativas. Y complejidad por la inmensa distancia entre los grandes principios que expresa y la minucia con la que se detiene en asuntos como las tareas de "los Oficiales" (148,149), la prohibición de que las casas de la Compañía posean cabalgaduras (575), las instrucciones para "cómo habérselas" con el cocinero en la Primera Probación (84) o la ubicación de casas y Colegios de la Compañía en lugares "de buen aire" (827), prosaico colofón con que concluye esta carta magna de la vida jesuítica.

Para una adecuada comprensión del libro de los Ejercicios Espirituales, Roland Barthes, proponía en un original estudio de semiología de 1971⁷, la necesidad de desentrañar los diversos textos que entretejen al único libro. Barthes llega a descubrir "cuatro textos en el texto": *el texto literal*, (el que Ignacio dirige a quien da los Ejercicios), *el texto semántico*, (el que quien da los Ejercicios dedica a quien los

⁵ 5MHSI, *Nadal*, 101

⁶ Para detalles, vid. ALDAMA, A. M. "La composición de las Constituciones de la Compañía de Jesús", AHSI, 42, 1973, págs 201-245. COSTA, M. "Historial Genesis of the Constitutions its various texts" en VEALE, J. et al. *Constitutions of the Society of Jesus. Incorporation of a Spirit*, Gujarat Sahitya Prakash, Anand, 1993, págs 3-25.

⁷ BARTHES, R. *Sade, Loyola, Fourier*, Editions du Seuil, Paris, 1971. Comentan el texto GENARO, G. "Roland Barthes: L'interpretazione dello stile e della lingua di S. Ignazio de Loyola", AHSI, 1981, Roma, págs. 237-240 y ARELLANO, T. "Roland Barthes y los Ejercicios Espirituales", *Manresa*, 57, 1985, Madrid, págs 363-373.

hace), el *texto alegórico* (el que expresa las relación entre el ejercitante y Dios) y el *texto anagógico*, (la respuesta de la divinidad al ejercitante). Para Barthes sólo desenmascarando esta tupida red de textos llegamos a la comprensión del único texto.

Como un primer camino para conducirse en este intrincado laberinto, convendrá recordar que la complejidad de muchos de los escritos ignacianos radica en que nos muestran no sólo el resultado de su propia reflexión, sino también todo el camino recorrido hasta dicho resultado, un camino de discernimiento. A eso hay que añadir el hecho de que casi todos los escritos de Ignacio son coetáneos: en los mismos años que redacta las Constituciones, se ocupa en corregir el texto de los Ejercicios, dicta la Autobiografía a González de Cámara, en las noches anota sus peripecias interiores en el Diario Espiritual y envía cartas a los jesuitas ya dispersos por Europa y Asia.

Podríamos preguntarnos ¿cuántos textos existen dentro del texto de las Constituciones?.

Una nueva pista de salida en el laberinto: conviene recordar que dentro del libro que hoy llamamos "Constituciones", existen cuatro "libros" diferentes reunidos en uno solo y con una única numeración después de la Primera Congregación General: Las *Constituciones*, sus *Declaraciones*, las *Constituciones del Examen* y las *Declaraciones* del mismo. Resulta importante recordarlo, pues cada uno de ellos tenía como destinatarios a diferentes lectores. *El Examen*, un cuestionario vocacional; sus *Declaraciones*, un vademecum manual para el promotor; las *Declaraciones a las Constituciones* sólo para uso de los superiores ("para gobernar") y sólo las *Constituciones* eran para todos los jesuitas ("para gobernarse"). A estas cuatro obras habría que añadir hoy las Normas Complementarias. Será conveniente tener en cuenta el "Sitz in Leben" de cada texto que leemos. Sólo así solventaremos el problema de las aparentes repeticiones. Valga como ejemplo el tema de la vida espiritual: en el Examen se habla de la vida espiritual del candidato con lujo de pormenores (80), mientras que la vida espiritual de la que se habla en la Parte VI se reduce a la "que la discreta caridad les dictare" (582). La razón de esta aparente diversidad no es otra que la diversidad de destinatarios de cada texto.

La tercera advertencia para los que “navegan” por el laberinto será tener bien claro qué tipo de documento tenemos delante. Ciertamente no se trata de “la regla jesuítica” en el sentido que podríamos hablar de la Regla benedictina. Propiamente hablando, la Regla de vida, si así se puede hablar, la constituirían la Fórmula del Instituto, aunque los primeros compañeros, temerosos de ser tenidos como “orden religiosa” no gustarían de esta palabra⁸. Ignacio preferiría hablar de “nuestro modo de proceder”. En términos técnicos eso sería “el Instituto”, es decir la forma del contrato establecido entre los compañeros y entre ellos y la Iglesia. Ese acuerdo se expresa en las diferentes redacciones de la Fórmula y las diversas variantes sobre la misma que la Santa Sede y la Compañía han ido estableciendo, algunas de ellas en la reciente Congregación General XXXIV.

Tras los Ejercicios que cada uno de los compañeros fueron haciendo en París, lo primero fueron las experiencias fundacionales que van desde el tiempo de París hasta la redacción de la Deliberación⁹ y sólo después de la Fórmula¹⁰ vino la labor constitucional que quedaba siempre sometida al criterio de los acuerdos de los Primeros Padres. Las Constituciones no son una Regla; sólo serían una ayuda en el camino para avanzar (161) en la vivencia del Instituto. Sólo una ayuda y toda una ayuda pues, como veremos, los buenos deseos necesitan de ayudas encarnatorias. Por eso como decía Beyer son “una ley que no es ley, un código que no es código”¹¹ y nadie debe asustarse de que las mismas Constituciones nos recuerden que su cumplimiento no nos

⁸ Francisco Javier desde las Indias, felicita a los compañeros por la aprobación de la Fórmula de Instituto a la que denomina “*nuestra Regla y modo de vivir*”, MHSI *Epp Xav*, I, pág 176.

⁹ MHSI, *Constitutiones*, I, “*Monumenta Constitutionum Praevia*”, Roma 1934, págs 1-7.

¹⁰ Para el comentario de las diversas Fórmulas, vid. CORELLA, J. “¿Qué es la Fórmula y cómo se hizo?” en ARZUBIALDE, S. et al, *Constituciones de la Compañía de Jesús. Introducción y notas para su lectura*, Mensajero- Sal Terrae, 1993, págs 12.-24.

¹¹ BEYER, J. “Originalità e dipendenza delle costituzioni” en *Introduzione allo studio delle Costituzioni*, CIS, Subsidia 4, Roma, 1973.

obliga "a pecado" salvo en lo referente a los votos (602) y hasta se recomienda vivirlas con "la mediocridad" que huye "del rigor y soltura demasiada" (822). Lo importante para todo jesuita será "tener ante los ojos primero a Dios y luego el modo de ser de su Instituto" como nos recuerda la Fórmula en su redacción de 1550.

Una última regla de circulación para quienes se pierdan en el laberinto. Uno se pregunta acerca del artífice de este complejo diseño: ¿en realidad, quién es el autor de las Constituciones? Una pregunta que ha ocupado la atención de los expertos por años¹². ¿Ignacio o Polanco? ¿Qué es de cada cuál? ¿Se impuso la lógica idealista del burócrata sobre la fresca carismática del hombre espiritual? ¿Qué papel ocupó Nadal al visitar las casas de la Compañía en Europa "promulgando" las Constituciones cuando llevaba consigo un texto aún provisional y completándolas con nuevas Reglas? Entrar en este asunto sería labor ardua. La polémica se remonta ya a los orígenes: en el fondo el rechazo de Bobadilla a tanta legislación traducía una cierta disconformidad de los "fundadores", más ocupados en las tareas apostólicas que en redacción de Reglas (Javier murió sin conocer las Constituciones) frente a los "alevines" de la segunda generación (Polanco, Nadal, Olave, González de Cámara) que osaban formular la normativa para los primeros desde los escritorios romanos.

Baste decir que aunque estamos en capacidad de reconstruir buena parte de la autoría de los diversos estratos del documento e incluso encontrar en ellos la presencia de Ignacio o Polanco, el tema de la autoría hoy se plantea con una nueva perspectiva. Ignacio no sólo no escribió en solitario las Constituciones; ni siquiera deseó hacerlo. En todo caso siempre revisó las correcciones introducidas por Polanco, quien a su vez las consultaba antes de redactarlas. Solamente el texto del Examen fue corregido doce veces por el propio Ignacio. La primera

¹² Ver los pareceres contrapuestos en ALDAMA, A. en *Introducción al estudio de las Constituciones*, CIS, Roma, 1981 frente al de ROUSTANG, F. "Introduction a une lecture" en ROUSTANG, F. COUREL, F. *Constitutions de la Compagnie de Jesus*, II, Col. Chistus, DDB., París, 1967 y ROUSTANG, F. "Sur le rôle de Polanco dans la redaction des Constitutions S.J", *Revue d' Ascetique et Mystique*, 44 (1966), págs 194 ss.

Compañía tuvo bien claro desde el momento institucional que la labor de la redacción y aprobación de las Constituciones era tarea de todo el grupo aunque para ello fueran comisionados Ignacio y su secretario. Recuérdesse que el mismo Ignacio esperaba el regreso de Nadal para conocer las primeras reacciones de los jesuitas ya dispersos e incorporar nuevos cambios al texto. Incluso la primera aprobación del documento constitucional, con ligeros cambios sobre el texto ignaciano, es posterior a la muerte de Ignacio. Digamos por ahora que, más allá de los redactores, la historia de la naciente Compañía fue la autora colectiva de su “modo de proceder”. Y así sigue siendo hasta ahora: a través de nuevas normativas complementarias o incluso retocando el primer texto, las Constituciones son releídas y renovadas por las diversas generaciones de jesuitas para que puedan seguir siendo “una ayuda en la vía comenzada en el divino servicio” (134).

2. ...“Me refiero a Manresa”...

Nadal, el primer experto en espiritualidad ignaciana, nos relata que cuando los primeros compañeros preguntaban a Ignacio la causa de esta o aquella innovación dentro del texto de las Constituciones, siempre les respondía con esa frase¹³. Según el Memorial del P. De Cámara, con este mismo argumento respondía a quienes se sorprendían de algunas de las novedades legislativas de la naciente Compañía (como la prohibición del canto en coro, la falta de un hábito especial o las peregrinaciones de los novicios)¹⁴.

Tal vez ningún otro acontecimiento anterior a 1539 modeló más la mente de Ignacio a la hora de escribir las Constituciones que su estadía en Manresa. Y en especial aquella “eximia ilustración del Cardoner” que sólo y muy recatadamente narró a algunos de los primeros compañeros. Al decir de Laínez, Polanco y Nadal, Ignacio fue de tal modo elevado a lo alto que se le abrieron los ojos del entendimiento a través de una luz interior, “como si viese los principios de todas las

¹³ MHSI *Fontes Narrativi*, II, págs. 240 y 406

¹⁴ *Memorial* N° 137

cosas”¹⁵. Las explicaciones ulteriores de Ignacio nos muestran en esta experiencia la presencia de dos protagonistas: la Trinidad y el mundo tal y como han quedado fotografiados en la contemplación de la Encarnación de los Ejercicios (EE 101). Ignacio es invitado a unirse a ella a través de la misión. Y por eso, ya desde las orillas del Cardoner Ignacio sale con un único propósito: ir a Jerusalén para continuar con la misión recibida por los apóstoles. La experiencia de los compañeros y la misión no serán sino un modo de participar en el amor y la misión de la Trinidad.

Aquí hay que encontrar una de las líneas transversales que atraviesan todas las Constituciones: esa mirada de Dios que desciende a la historia con Jesús, es la misma mirada con la que Ignacio abandona la “santa cueva”. La conversión ya no consistirá para Ignacio en apartarse para vivir en una Cartuja o seguir haciendo largas penitencias, sino descender a la historia de los hombres, para hacer en ella verdad el diálogo reconciliador de Dios con los hombres. Esa “*encarnación del deseo*” marcará no sólo la permanente búsqueda de los episodios posteriores de la vida de Ignacio, sino el talante de su espíritu. Ignacio, aunque ya no “solo y a pie” seguirá siendo peregrino en los años de las “camarettas” de Santa María de la Estrada desde donde escribe las Constituciones. La espiritualidad de Ignacio es activa, busca la colaboración con Dios. Como que para Ignacio lo que no se encarna no hace historia de salvación y las mociones que no toman cuerpo histórico, no pasan de ser falsas y pasajeras “emociones” espirituales.

Así entendidas, las Constituciones añaden a los Ejercicios un paso más, un escalón en el proceso encarnatorio. En el calor de los coloquios de la segunda semana el Espíritu demandaba en nosotros “ser puestos con el Hijo”. Ahora es el Espíritu el que, tras el largo camino de la Deliberación¹⁶, busca un cuerpo concreto para hacer posible ese seguimiento.

¹⁵ MHSI, *Fontes Narrativi*, II, págs 239-240

¹⁶ MHSI, *Const I*, *Deliberationes primorum Patrum*,. págs 1-7

“El Espíritu en búsqueda de un cuerpo”, tal pudiera ser el subtítulo de las Constituciones. Para ese itinerario, las Constituciones son solamente una ayuda “en la vía comenzada” (134), “unos avisos que ayudarán para abrir el camino” (414). El paso que precede a éste será la Fórmula del Instituto porque las vivencias de los Ejercicios necesitaban ser “experimentadas” en los años de París, Venecia y Roma. Y el escalón posterior a los documentos constitucionales, serán las abundantes Reglas con las que tanto Ignacio como Polanco y Nadal trataron de concretar aún más “según personas, lugares, tiempos y modos”¹⁷ la aplicación de las Constituciones.

Ciertamente sin los Ejercicios resulta difícil entender las Constituciones; tal vez por eso ambos documentos pronto fueron impresos unidos. Pero, en la imagen del compañero maduro que Ignacio diseña, también resulta imposible vivir los Ejercicios si no es confrontado con ese camino encarnatorio al que las Constituciones nos invitan. Siempre “tendremos por necesario se escriban Constituciones” (134), no sólo para que el antiguo documento no se nos convierta en pieza de museo arqueológico, sino porque la “gracia de nuestra vocación” necesita descender, para no quedarnos como los varones israelitas de la Ascensión mirando a los cielos, sino auscultando los signos del Espíritu mirando abajo como Ignacio en las recónditas barrancas del Cardoner.

3. Un reloj de arena

En una primera fase de estudio, los expertos (Calveras, Leturia, Iparraguirre) analizaron más el origen de la Compañía que el texto mismo de las Constituciones; les preocupaba más desenterrar los orígenes que interpretar los textos; el resultado de esta ingente labor está recogido en tres gruesos volúmenes del Monumenta¹⁸. Chastonay escindió el contenido del texto constitucional al dividir sus análisis en

¹⁷ Const 208, 211, 238, 297, 301, 343, 351, 355, 382, 395, 462, 626, 746, 754

¹⁸ 17 MHSI Sanctii Ignatii de Loyola Constitutiones Societatis Iesu. T. I. Monumenta Constitutionum Praeviae, Roma, 1934. T. II. Textus hispanus, Roma, 1936. T. III. Textus latinus, Roma, 1938.

tres momentos: la génesis, el contenido y el espíritu¹⁹. El P. Aldama, un técnico en el texto, se ocupa más en su filología que en el análisis del conjunto. En sus 6 inmensos volúmenes comentando las Constituciones, el P. Aicardo sólo consagra treinta líneas al problema del plan de las Constituciones²⁰. Para él, todo se reduce a tres apartados: lo que concierne a las virtudes del jesuita (el Examen y las Partes III y IV), los ministerios (Partes V y VII, además del capítulo 3 de la Parte VI) y todo lo que se refiere al ser y crecimiento de la Compañía (el resto).

La atención a la estructura misma de las Constituciones es relativamente reciente. Roustang es el primer autor que fija su atención en la búsqueda de un esqueleto interno en el texto. Inspirado en la idea de Nadal según la cual la Compañía reproduce en su génesis la experiencia de Ignacio, considera que la clave explicativa de todo está en el proceso de incorporación creciente del individuo en el cuerpo de la Compañía. Es lo que él denomina "la estructura genética". Desde ella se entendería tanto el encadenamiento de las diversas Partes como el desarrollo de los capítulos dentro de cada Parte. Sólo que esa estructura era la primigenia, la de Ignacio (la del texto "a"), que posteriormente ha sido alterada por Polanco. Bertrand ha tratado de extraer y pulir las conclusiones de Roustang con nuevas perspectivas²¹.

Tras este breve recorrido por el camino de los expertos, podemos tener ahora una mejor imagen del conjunto y algo parece evidente: más que en su contenido, la mayor novedad de las Constituciones de la Compañía reside en su organización "arquitectónica". Algo de lo que le ocurre al libro de los Ejercicios que también es deudor de muchos de los aportes de la *Devotio Moderna* que Ignacio descubrió tanto en los días de convalecencia en Loyola como en la abadía Montserrat. En

¹⁹ CHASTONAY, P. de Les Constitutions de l' Odre des Jesuits, Aubier, Paris, 1941.

²⁰ AICARDO, J. M. Comentario a las Constituciones de la Compañía de Jesús, Madrid 1919-1932, 6 Vols, T. I. Pág XVIII.

²¹ BERTRAND, D. Un corps pour l' Esprit. Essai sur l'expérience communautaire d'après les Constitutions de la Compagnie de Jésus, Col. Christus, DDB, Paris, 1974.

realidad mucho de los contenidos de las Constituciones, debidamente recolectado y depurado por Polanco, proviene de las reglas de la vida religiosa de los santos Benito, Agustín, Francisco y Domingo. Rastreando esta compleja construcción se nos abre una visión del camino que Ignacio diseña para poder vivir el Instituto de la Compañía.

Imaginemos un reloj de arena. Sólo nos servirá como metáfora visual. Más ayudará el reloj móvil cuya tardanza desespera a usuarios ansiosos en las pantallas de computadoras que la vieja imagen de los libros de historia antigua. Aunque todas las “Partes” son “Partes principales” como su título expresa, sin duda, la parte del centro de la imagen estaría constituida por la Parte V que se ocupa ***“De lo que toca al admitir o incorporar en la Compañía”***, en sus diversos niveles. Ubicada en el centro, es una de las partes más breves como la estrechez del reloj; una cintura reducida que hace la imagen más esbelta. ¡Y vaya que si se estrecha el proceso de incorporación en la Compañía! Nadie lo sabe mejor que los que viven en las etapas de la formación. Desde ese lugar central se abre una doble y diversa perspectiva según miremos hacia atrás o hacia adelante; diversa incluso en la formulación gramatical del título de las diversas Partes: el de las cuatro primeras expresa acciones más directas en infinitivo (“admitir”, “despedir”, “conservar y aprovechar”, “instruir”), mientras que las cinco siguientes, dirigidas a los ya incorporados están marcadas por un título más vago (“De lo que toca a...”).

De la Parte V hacia atrás el asunto central sería el largo proceso hacia esa incorporación. Primero desde el diálogo entre la Compañía y el candidato que se expresa en el *Examen*, todo él recorrido por el análisis de los deseos de ambos. Después, la Parte I ***“Del admitir a probación”*** (entiéndase que se trata de la Primera probación, no el Noviciado que ya es la segunda) y su posible contrapartida, la Parte II ***“Del despedir los que no aprobasen bien de los admitidos”***. Tras ese proceso primero de selección tocaría el crecimiento en la llamada vocacional, lo que se logrará con la adecuada proporción entre el crecimiento de las virtudes de la Parte III ***“Del conservar y aprovechar los que quedan en probación”*** y la formación académica y pastoral de la que se ocupa la Parte IV ***“Del instruir en letras y en otros medios***

de ayudar a los prójimos los que se retienen en la Compañía". Todo este largo caminar, culminaría así en la incorporación de la Parte V.

De la Parte V hacia adelante, el cono del reloj se vuelve a abrir hacia la consagración, la misión, la comunidad y el gobierno. Primero hacia la consagración definitiva a través de los votos con las peculiaridades con que éstos se viven en la Compañía, de los que se ocupa primordialmente la Parte VI ***"De lo que toca a los ya admitidos o incorporados en la Compañía cuanto a sí mismos"***. Después en lo referente a la misión, en la Parte VII ***"De lo que toca a los ya admitidos en el cuerpo de la Compañía para con los prójimos, repartiéndose en la viña de Cristo Nuestro Señor"*** donde se describen las diversas modalidades de la vida apostólica de la Compañía. Estando tal actividad extendida por todo el mundo y no poseyendo la Compañía las estructuras clásicas de la vida comunitaria, será necesario dotarla de algunos mecanismos de cohesión, tema que ocupa la Parte VIII, ***"De lo que ayuda para unir los repartidos con su cabeza y entre sí"***. Como cuerpo que es, la Compañía posee una cabeza, un Prepósito. De sus atribuciones y prerrogativas así como de lo tocante al gobierno, se ocupa la Parte IX, ***"De lo que toca a la cabeza y gobierno que de ella descende"***.

Por último, para completar la imagen arquitectónica nos quedarían los Proemios y la Parte X. Los ***Proemios*** (uno a las Constituciones y otro para las Declaraciones) definen claramente la opción organizativa que se ha preferido, "de lo menos perfecto a lo más perfecto". Es decir las Constituciones (a diferencia de la Fórmula) no comienzan definiendo la Compañía sino optan por el camino que el compañero recorre a lo largo de su proceso de incorporación desde que el imberbe candidato llama a las puertas de la casa de Primera probación, "lo menos perfecto" (la Parte I), hasta la formulación ***"De cómo se conservará y aumentará todo este cuerpo en su buen ser"***, objetivo de la Parte X, lo "más perfecto". En esta última parte no se cierra el camino del Instituto, sino que, como en los Ejercicios, en una original "Contemplación para alcanzar la esperanza" se abre hacia la historia del futuro.

Curiosamente el camino de las Constituciones es el inverso al del Instituto. Lo que es más esencial en el segundo (el compromiso de los votos, la obediencia al Sumo Pontífice, la misión, la comunidad y el gobierno) es lo que ocupa el último lugar en el texto constitucional. Es lo que Roustang llamaba "la estructura genética" de las Constituciones. La Fórmula comienza por la obediencia al Papa y al Prepósito de la Compañía en las misiones confiadas, temas con los que concluye el texto de las Constituciones. Diríamos que el texto está más pensado desde la perspectiva de quien emprende la peregrinación hacia el incorporarse, que desde quien ya la ha concluido. Todo él ha sido escrito, "atentas las personas y otras circunstancias" (754).

Una última advertencia para concluir con la metáfora relojística. Todo buen reloj de arena ha de invertirse para que de nuevo funcione, como quien lo usa para cronometrar sus llamadas telefónicas. Algo así ocurre con las diversas Partes de las Constituciones. Para ningún jesuita está ya "superada" una Parte anterior aunque ya se haya "encorporado", como gusta decir Ignacio. El itinerario es remitente: los criterios de admisión y dimisión de que se habla en la Parte I son válidos no sólo para los que se inician sino que se convierten en criterios de discernimiento para la pertenencia en todo el caminar. El adelantamiento de las virtudes al que se refiere la Parte III no toca solamente al período del Noviciado, sino que habrá de ser referencia constante de la vida espiritual del compañero en cualquier etapa de su caminar. Y la exigencia de emplearse en los estudios que ocupa la Parte IV no se refiere solamente a quienes cursan en Colegios y Universidades sino que incumbe al necesario diálogo que en la misión todo compañero habrá de establecer con el mundo de la cultura. Por lo mismo, la misión, la pertenencia al cuerpo y la obediencia de las que se ocupan las últimas Partes de las Constituciones serán criterios de crecimiento desde el comienzo en la incorporación para quienes acceden a la Compañía.

No existe pues una lectura lineal de las Constituciones. Existen muchas, incluso la que obliga a ir "de retroceso". Lo decidirán el momento espiritual que el compañero vive, las crisis que le habitan y los retos de la misión que confronta. El modo como en cada momento de

su vida está "puesto" vivencialmente cada jesuita, más que su ubicación "oficial" dictará el mejor criterio de lectura y aplicación de las Constituciones: los desgastes del jesuita adulto podrán ser cicatrizados con el encuentro de los deseos del Examen, la aridez de la etapa de los estudios podrá ser clarificada con el atractivo horizonte de los retos de la misión que da la Parte VII; los criterios de admisión y dimisión de las Partes I y II podrán iluminar las crisis más oscuras de pertenencia en cualquier etapa del camino y las prioridades de la misión jesuítica que se explicitan en la Parte VII orientarán los momentos de planificación apostólicas. No sólo en el momento ceremonial de la emisión de votos, sino siempre, el compañero se entenderá "según las Constituciones". Un reloj de arena, en fin, para invertir de posición en el momento oportuno.

4 . El lenguaje binario

Si continuamos escarbando aún más en la estructura redaccional de las Constituciones otro dato nos llama poderosamente la atención. Pareciera como que están construidas subrayando lo que se contrapone: "admitir-despedir", "cuanto a sí mismos-para con los prójimos", "el cuerpo-la cabeza". Algo muy ignaciano que ya aparece desde el inicio del texto de los Ejercicios: "salud que enfermedad, honor que deshonor, vida larga que corta"... Es a lo que, con una nueva metáfora del lenguaje informático, llamamos "un lenguaje binario".

La primera estructura binaria se observa en la organización de las diversas Partes de las Constituciones. De la Parte I hasta la IV el tema central, el asunto de interés es el proceso de la incorporación, mientras que, como ya hemos notado desde la VI a la IX el tema central es la vida de los ya incorporados. Pero aún al interior de esas dos grandes secciones del reloj de arena se vuelve a repetir la estructura binaria: la Parte I se ocupa del admitir mientras que la Parte II se centra en el "oppositum", el despedir. La Parte III se fija en conservar y aprovechar en "las virtudes", en tanto que la Parte IV se centra en "las letras" (y otros medios de ayudar a los prójimos).

Desde la angostura del reloj de arena para abajo nos volvemos a encontrar el mismo fenómeno: la Parte VI mira la vida del compañero ya

incorporado “cuanto a sí mismo”, es decir en lo referente a su vida interior y consagrada a Dios; por el contrario la Parte VII se fija en la vida apostólica del ya incorporado mirando más hacia el exterior, “ para con los prójimos”. La misma binariedad complementaria se observa entre la Parte VIII que habla de la unión del cuerpo,-el énfasis está puesto en el cuerpo y sus estructuras de participación,- mientras que la Parte IX se detiene en analizar el papel de la cabeza de ese cuerpo, “De lo que toca a la cabeza y gobierno que de ella descende”.

¿Con cuál otra sería binaria y complementaria la Parte X? Pareciera que aquí la relación dual se establece con los Proemios, especialmente con el de las Constituciones. En dicho Proemio se subraya el fundamento original de todo el trabajo constitucional (134, 135), mientras que en la Parte X, volviendo a subrayar la iniciativa divina de la vocación universal de la Compañía, se atiende al futuro, “el conservarse y aumentarse en su buen ser”. Principio y futuro serían así los dos términos binarios.

Pero la estructura binaria no se detiene ahí. Aún en el interior de las diversas Partes volvemos a encontrarla. Todo el Examen está construido como un diálogo entre la Compañía y el candidato como los dos interlocutores. La Compañía se presenta a sí misma dos veces. En la primera de un modo más general en el Capítulo I (“Del Instituto de la Compañía y diversidad de personas en ella”) y de un modo más profundo en el Capítulo IV (“De algunas cosas que más conviene saber a los que entran de lo que han de observar en la Compañía”). El candidato de su parte, se presenta en otras dos ocasiones, primero informando de posibles datos que le pudieran excluir de la Compañía (“De algunos casos que se debe demandar si han intervenido...”) y en segundo lugar comunicando los datos más importantes y generales que tocan a su persona (“De algunas interrogaciones para más conocer a la persona que quiere entrar en la Compañía”). Todo un diálogo entre dos protagonistas y en dos niveles de profundidad.

Las Partes I y II, además de ser complementarias, han mantenido también en su interior con un gran paralelismo, el mismo esquema dual: el que recibe frente a los que se reciben en la Partel (Capítulos I y II), el que despide y a los que se despiden (Capítulos I y II). Y en ambos

casos, el modo de admitir y el modo de despedir (Capítulos III de ambas Partes).

En la Parte III nos volvemos a encontrar con el mismo proceder dialéctico: la conservación del ánima (Capítulo I) frente a la conservación del cuerpo (Capítulo II), orden que curiosamente fue invertido por Polanco sobre el primer esbozo de Ignacio.

Toda la parte IV rezuma la misma bipolaridad. Hay una primera bipolaridad de paralelismo entre las dos secciones que parecen recorrer parecidos asuntos: los fundadores, estudios, organización, pedagogía, gobierno... Pero mucho más profunda ocurre una complementariedad entre ambas secciones que Bertrand ha analizado con gran detalle²². Mientras que la primera sección se ocupa prioritariamente de los estudios de los Nuestros, la segunda, dedicada a las Universidades, pone su atención en “los otros”, a los que la Compañía es invitada a servir en razón de la universalidad de la caridad (440). En la primera sección, los “otros” son llamados a unirse a los Nuestros (440 y 392), mientras que en las Universidades, los Nuestros son invitados a unirse a los otros, subrayando las peculiaridades y diferencias que tocan a los estudiantes jesuitas frente al protagonismo de la sección que corresponde a los otros estudiantes (449).

Huellas de la misma complementariedad se observan en la Parte V: el que admite a la incorporación (Capítulo I) frente a las cualidades del que se incorpora (Capítulo II); la admisión de los profesos (Capítulo III) frente a la de los coadjutores formados y escolares (Capítulo IV).

La Parte VI es una de las menos trabajada tal vez en su composición final; ha sido la terminal de diversos asuntos recogidos en diversos documentos previos, una especie de “cajón de sastre”. Sin embargo aún ella refleja una cierta bipolaridad entre lo que toca a la vida interior consagrada del jesuita incorporado expresada en los votos (Capítulos I y II) y los grandes límites de la vida apostólica (Capítulo II: “De las cosas en que deben ocuparse y en lo que no los de la Compañía”).

²² BERTRAND, D. “Un mariage avec la culture. La Partie IV des Constitutions S.J.”, *Christus*, 30, 1983, págs 103-116.

En la Parte VII se observan con claridad dos binomios relacionados en binariedad: El primero entre las misiones de su Santidad (Capítulo I) y las misiones del Superior de la Compañía (Capítulo II). El segundo entre el "moverse" (Capítulo III) y el "residir firme" en las Casas y Colegios de la Compañía (Capítulo IV), modos todos ellos de ayudar al prójimo en la vida apostólica.

No resultará difícil volver a descubrir una nueva bipolaridad en la Parte VIII entre el Capítulo I ("De lo que ayuda para la unión de los ánimos") y todo el resto de esta Parte dedicado a la unión de las personas ("Viniendo a la unión personal" de la que habla 677) es decir, la Congregación General con todos los detalles relativos a su preparación y desarrollo (de lo que se ocupan los otros seis capítulos restantes).

El mismo modo binario se vuelve a descubrir en la Parte IX: después de dibujar la persona del Prepósito General (capítulos I y II), esta Parte contrapone dos relaciones complementarias: la del Prepósito para con la Compañía (Capítulo III) frente a la de la Compañía para con el Prepósito (Capítulo IV). Una y otra se explicitan en los Capítulos V y VI.

Finalmente la Parte X en su brevedad también ha mantenido un esquema bipolar: entre "la mano omnipotente de Dios" sin la que la Compañía no podrá conservarse ni aumentarse (812) y los medios que ayudarán para ello (813); entre los "medios que juntan el instrumento con Dios" (813) y "los medios naturales que disponen el instrumento de Dios nuestro Señor para con los prójimos" (814).

Podríamos multiplicar los ejemplos hasta la saciedad si no fuera por el miedo a caer en el detalle. En todo caso algo se impone con evidencia al lector de las Constituciones: esa constante bipolaridad, como dialéctica, no sólo parece explicar buena parte de la estructura redaccional del texto sino que además salpica por aquí y por allá la multiplicidad de disposiciones, desde las más concretas hasta las más genéricas y abstractas.

¿Cómo entender esta opción de los autores tan generalizada en el texto?. Muy probablemente hay que ver en ella la herencia de toda una pedagogía, "*el modus parisiensis*" en la que Ignacio se hizo

experto en las aulas de la Sorbona y en sus horas de “repeticiones” en el Colegio de Santa Bárbara. No costará mucho encontrar aquí una huella del método dialéctico que utilizaban los escolásticos tanto para exponer como para disputar desde que el intuitivo Abelardo optara por el método de la argumentación basado en el “*Sic et non*”, lo que, según parece, hizo que sus aulas se abarrotaran de curiosos alumnos atraídos por esta nueva pedagogía. Desde Abelardo hasta el Aquinate pasando por el Maestro de las Sentencias, Pedro Lombardo, el método pedagógico de París se basaba más en las disputaciones que en las simples memorizaciones.

Curiosamente las Constituciones al hablar de la educación en Colegios y Universidades, optan claramente por el modo parisino de enseñar. Tres largos números de las Constituciones hacen una detallada loa del “ejercicio de disputar” mirando su utilidad “para que más se ejerciten los ingenios y se aclaren las cosas difíciles de estas facultades a gloria de Dios nuestro Señor (377-379). Frente a la metodología empírica de las universidades sajonas, el interés por lo jurídico de las italianas y el deseo de salvaguardar la ortodoxia de las españolas que Ignacio experimentó en Alcalá y Salamanca, las Constituciones prefieren un modelo de aprendizaje que sepa integrar los opuestos²³.

Y probablemente esta sea también una constante tanto en la espiritualidad ignaciana en general como particularmente en el “modo de proceder” del jesuita que las Constituciones esbozan. Ante lo aparentemente opuesto, la solución no reside en eliminar uno de los polos de la oposición, sino en integrarlos como en tensión. La primera tensión que desde el Proemio presentan las Constituciones es la que se produce entre la libertad carismática y la ley; más tarde entre virtudes y letras como los dos componentes de una sólida formación; después entre el desarrollo de una vida interior y la atención a la vida apostólica o entre la vida apostólica en la dispersión y la atención a la unión; por último, entre un gobierno centralizado de todo el cuerpo de la Compañía

²³ Para los detalles, vid CODINA MIR, Gabriel. *Aux sources de la pédagogie des Jésuites. Le “modus parisiensis”*, Institutum Historicum S.I. Roma 1968.

y la necesidad de que todo el cuerpo vigile con atención a su cabeza, llegando a la posibilidad de deponer al General e incluso expulsarlo de la Compañía (774), “lo que se espera en la divina Bondad por su gracia nunca se verá”.

En este sentido, las Constituciones no son una adecuada receta para resolver tanto los conflictos internos como externos. No son como el “help” de los programas de computación donde hay respuesta para toda duda. Comparadas con la serenidad afectiva que sugiere la *pax benedictina* o la serenidad intelectual que propone *la veritas dominicana*, las Constituciones nos presentan el reto de encontrar el *magis* en un fogoso combate entre la tensión²⁴. Y por eso no ahorran ni a Superiores ni a súbditos el esfuerzo del propio discernimiento. Son, una vez más, “sólo una ayuda” para poder vivir en medio de esa tensión que marca todo lo ignaciano. Saber vivirla sin romperse en ella es toda una sabiduría que el compañero maduro va aprendiendo a vivir con los años tras largas horas de discernimiento.

5. El “doceavo grado de humildad”

Probablemente uno de los datos que más sorprende al lector de las Constituciones es la continua referencia que el texto hace al tema del cuerpo. Frente a las 14 veces en que aparece en el texto de los Ejercicios, en las Constituciones aparece citado directamente 49 veces y muchas más si rastreamos sus derivados (“incorporados”, “incorporación”...). Un primer grupo de textos, que ya nos son familiares, se refieren al cuerpo en sentido metafórico cuando describen el paulatino proceso de integración de cada uno de los que están en proceso de formación dentro del grupo de la Compañía ya formada.

Este primer sentido es el tema central de la Parte V, que hemos considerado como el eje de toda la arquitectónica constitucional. Allí se describen los diversos modos de incorporarse a la Compañía. La declaración 511 dibuja una especie de esfera con círculos concéntricos que, desde la más periférica hasta la más interna, parte de los

²⁴ O’ LEARY, B. “Living with tension”, *The Way Supplement*, 61, Spring 1988, págs 35-48.

candidatos aún en “stand by” en las casas de Primera Probación, los novicios en probación, los escolares aprobados, los coadjutores formados (Ignacio distingue menos que nosotros entre temporales o espirituales), hasta llegar al “cuarto modo y más propísimo de incorporación, el constituido por los Profesos de tres y cuatro votos, (los primeros, de escasa existencia a lo largo de la historia de la Compañía). En todo caso, aclara Ignacio, “la Compañía comprende todos los que viven debajo de la obediencia del Prepósito General de ella”.

La Constitución 719 tal vez sea uno de los mejores exponentes de esta significación del término “cuerpo”. Se describe la tarea del General como el que tiene “cuidado de todo el cuerpo de la Compañía, que comprende a quienes viven en las Casas y Colegios”.

Ese primer sentido del término cuerpo, con un significado “social”, como Bertrand ha denominado²⁵, se repetirá a lo largo de las cuatro primeras partes que tienen como objetivo central precisamente el de la integración en la vida de la Compañía en sus diversas dimensiones. El primer nivel de incorporación es el de “recibir” que se describe con lujo de detalles en la Parte I (141, 143, 146, 147, 148...). Cuando la Parte II se ocupa del despedir, aclara bien que las causas de tal despido “deben ser tanto mayores cuanto uno está más incorporado a la Compañía” (204), pero sobre todo cuando especifica las causas del despido pone especial énfasis en la necesidad de cuidar el bien universal de la Compañía que, en todo caso, es preferible al del particular (212). En todo caso se aclara que en el modo de despedir conviene actuar de diverso modo en el caso de “los que están incorporados a la Compañía” (219).

La Parte III comienza proponiéndonos una sección dedicada al cuerpo (243), pero cuando nos acercamos a ella nos sorprende que, en primer lugar se nos habla de la relación del novicio para con el Superior, sugiriéndole que no dude en representar, -incluso por escrito,- “alguna otra que le sea necesaria” (292): una incorporación progresiva pero no en docilidad acrítica. Por lo que se refiere a la Parte IV, es evidente que las “letras” con las que se quiere dotar al joven jesuita no miran sólo a

²⁵ BERTRAND, D. *Un Corps pour l'Esprit...*, págs 77 y ss.

su erudición sino a la preparación que necesitará para incorporarse a la misión apostólica de la Compañía. La constitución 400 lo expresa claramente: los estudios en la Compañía son “armas espirituales” en los que se ha de ejercitar quien desea hacer de su vida una ayuda al prójimo. Por eso, además de doctrina, es necesario poseer “modo de proponerla” (307); los estudios no han de hacer olvidar al escolar “la incorporación ya prometida cuya memoria debe renovar” (346 y 348). Pero, sobre todo, la formación que se describe en la Parte IV debe estar atenta al proceso de incorporación a la vida apostólica del cuerpo de la Compañía: por eso deben ser instruidos “en el decir misa” (401), en “el predicar y leer” (402), “administrar los sacramentos”(406), y, en general “en el modo que debe tener una persona de la Compañía” (414).

Pero además de este primer sentido más social, el término cuerpo y los adjetivos relacionados con la corporalidad aparecen en las Constituciones con otro sentido más físico y personal. En esta segunda acepción, “cuerpo” no parece referirse al cuerpo de la Compañía, sino al de las personas y no suelen ser usado en plural sino en singular. La constitución 292 es un buen ejemplo de esto: se advierte con claridad de la necesidad de atender adecuadamente a la salud corporal evitando “las cosas dañosas en el comer, vestir, estancia, oficio, ejercicio y otras cosas”. La atención a este tipo de asuntos llega en muchos lugares del texto hasta los nimios detalles: los oficiales de la lavandería y barbería del Noviciado han de ser de la casa (306), el tiempo de dormir ha de ser establecido (301), la prohibición de ejercicios corporales violentos después de comer (299), la moderación en los trabajos de la mente (339), la necesidad de la transparencia en la obediencia “aún no teniendo cerrado puertas o arcas al Superior” (426), la conveniente recreación de los enfermos en los “huertos del Colegio”, los detalles concernientes al vestir de un jesuita que excluyen “la seda y los paños finos” (577) y un largo etcétera cuyo pormenor ahorraremos al lector.

Al menos en dos casos los dos sentidos del término cuerpo parecen integrarse de modo armónico. Donde esta simbiosis se expresa con más claridad es el Capítulo IV de la Parte VI que se ocupa de la muerte del jesuita (“De la ayuda que se da en la muerte de los de

la Compañía y sufragios después de ella"): aquí recomienda Ignacio que ante el peligro de que la enfermedad "quite en gran parte el uso de las potencias del alma" en el compañero ya "entrado en frenesía" (597), - el cuerpo en sentido personal, -, convendrá que el Superior tenga cuidado de que "sea ayudado con las oraciones de todos los de la casa, el cuerpo en sentido social. Mientras su cuerpo personal "se detiene" (598), todo el cuerpo de la Compañía orará por él, dándose "aviso en otras partes de la Compañía" (601).

El otro caso es el de los llamados "votos de devoción". Ignacio ubica este primer nivel de incorporación a la Compañía (282-283) precisamente donde el cuerpo está más ocupado en el trabajo manual, "húmil y sencillo: "Muy especialmente ayudará hacer con toda devoción posible los oficios, donde se exercita más la humildad y caridad" (282,1).

La primera impresión que recibe el lector ante este segundo sentido de lo corporal es una cierta sorpresa: uno esperaría que las Constituciones se movieran a niveles mucho más superiores dejando las minucias de la vida física muy en segundo lugar. Pero nada de eso ocurre. En definitiva, lo que sostiene la idea social del cuerpo para Ignacio es la doctrina del cuerpo místico. Pero, la segunda concepción del cuerpo subraya que sólo puede darse una verdadera integración de la persona en la Compañía, si todo él (incluyendo de modo especial el mundo de lo físico) se integra. Algo así como lo que decía la Regla de S. Benito describiendo el doceavo grado de humildad:

- ...El monje, no contento con tener humildad en corazón, manifestará sin cesar su humildad en su cuerpo a aquellos que le vean"²⁶.

Es curioso observar que por obra de Polanco, todo lo que se refiere al cuerpo físico ha sido sistemáticamente desplazado del comienzo de las diversas Partes y capítulos hacia el final de dichas partes y capítulos. Pero tal desplazamiento no se debe a una consideración secundaria de lo corporal sino que muestra que en las Partes el texto camina hacia lo más perfecto cuando se habla del cuerpo social mientras que en los capítulos se camina hacia lo más

perfecto cuando se atiende al cuerpo físico. Para Ignacio, el que entra en la Compañía es aún “demasiado individual y espiritual” y necesita llevar a cabo un proceso de integración tanto en el grupo como al interior de sí mismo. No hay una integración del alma si no se suma a ello el cuerpo, todo lo físico, porque al fin es toda la persona la que ha de vivir la radicalidad de la llamada de Dios.

6. El desolado novicio alemán

Uno de los novicios que vivían en la casa de Roma, se encontraba desanimado y triste, pensando incluso en la posibilidad de dejar la Compañía. Después de agotar otros modos de confortar al joven alemán - “tedesco”, dicen las fuentes²⁷-, Ignacio optó por una nueva estrategia: le pidió esperar unos días antes de tomar la decisión, ordenándole que en ese tiempo no cumpliera ni con las reglas y normas de la vida del Noviciado ni se sintiese obligado a obedecer a nadie: simplemente debería hacer lo que deseara incluso en lo referente a su horario de descanso y comida. El novicio hizo lo que Ignacio le sugirió y al fin permaneció en la Compañía.

En realidad la magia de la “terapia ignaciana” no fue otra que la de permitir al joven alemán, quitándole todo el aparataje de normas, tomar contacto con sus más profundos deseos para poderse dejar conducir por ellos. Muy probablemente Ignacio conocía la existencia de un hondo deseo vocacional en este joven y por ello no dudó en dispensarle por un tiempo de las reglas.

Esta simple anécdota puede revelar bastante de lo que es el estilo de formación ignaciano que las Constituciones describen tanto en el Examen como en las cuatro primeras Partes. Si algo caracteriza todo este entramado no es tanto una complicada elaboración sobre los mejores métodos pedagógicos al uso de la época (aunque de pedagogía también se habla), sino una simple metodología para descubrir y hacer desarrollar los deseos de quien toca a las puertas de la Compañía.

²⁷

MHSI. *Fontes narrativi*, II, págs 482-483.

Ignacio conocía bien el poder, cuasi omnipotente de los deseos. El mismo había sido “hombre de grandes y vanos deseos” como comienza relatando en la Autobiografía²⁸. Todo el proceso diseñado en los Ejercicios será el ir buscando “id quod volo”, como repiten cansinamente las peticiones que preceden a cada tiempo oración. Hasta que se le conceda encontrar lo que busca en la elección.

De igual modo, desde el comienzo del Examen se trata de interrogar al candidato no tanto acerca de la calidad de su vida o de sus conocimientos, sino de lo más hondo de sus deseos: ¿está determinado a seguir los consejos de Cristo ¿Desde hace cuánto tiempo? ¿Ha permanecido en tal deseo por un tiempo suficiente? ¿Cómo llegó a tales deseos? (50, 51).

Pero no es sólo el candidato quien expresa sus deseos. También a la Compañía le toca mostrar los suyos. Lo hace, cada vez en un modo más profundo en los capítulos I y IV del Examen. El nivel de intercambio de deseos entre ambos interlocutores ocurre en 101: “en cuánto grado ayuda y aprovecha admitir y desear con todas fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado”... Y por eso “desean pasar injurias... por desear parecer e imitar a nuestro Criador y Señor”.

Es probable que el candidato quede algo frustrado ante los proyectos de la Compañía. Por eso existe un segundo “test” sobre los deseos: se trata de intuir si al menos el candidato sueña tener algún día tales deseos, “si se halla con deseos algunos de hallarse en ellos (102). Todo el resto de la formación consistirá en ayudarle “para mejor venir al efecto de ellos”, por lo que se espera de él una docilidad fundamental.

Digamos pues que la base primera del proceso de formación en la Compañía es la constatación de deseos. Nada podrá suplir este elemento básico. Ni siquiera la misma formación de la Compañía: experiencias que desarrollan virtudes y letras que preparan para la vida

²⁸ “Hasta los veintiséis años de su edad, fue hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en el ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra”. *Autobiografía*, 1.

apostólica sólo potenciarán lo ya dado, aunque aún oculto: la gracia previa de la vocación manifestada en deseos. Diríamos, por aclararlo mejor, que la formación que las Constituciones imaginan no es capaz de hacer nacer valores nuevos, sino simplemente desarrollarlos.

El modo de llevar a cabo dicho desarrollo no era fácil de imaginar para Ignacio y los primeros que nunca hicieron “noviciado” en su proceso vocacional. Tal vez por eso la Parte III de las Constituciones sea aparentemente la menos original de todas y en ella podamos encontrar la mayor presencia de elementos legislativos de otras órdenes religiosas. Aquí la labor de Polanco fue inmensa, tratando de rescatar lo más valioso de la legislación de otras órdenes religiosas especialmente las de San Agustín, San Benito (en el comentario del Cardenal de Torquemada), los franciscanos y dominicos (en el comentario de Humberto de Romanis). El P. A. Hsü ha rescatado en una interesante tesis doctoral todo el influjo de la regla dominicana en el texto, especialmente en lo que toca al tema de la figura del Maestro de Novicios²⁹, por cierto de surgimiento bastante tardío en la Compañía.

Sin embargo, Ignacio supo dotar de originalidad al cuerpo legislativo recolectado por Polanco. Nada le pareció más pedagógico que acudir al modo de orar de los Ejercicios que los novicios acababan de experimentar antes de su ingreso (o al comienzo del mismo) al Noviciado: todo el primer capítulo de la Parte III está construido desde ese marco.

Tras una introducción general (243), el capítulo se divide en dos partes. La primera se ocupa de la integración interior de la persona (el alma) en la opción vocacional (las virtudes). Eso supone “conservar” esta opción y hacerla crecer “adelantar”). Para hacer todo esto posible, Ignacio acude a las experiencias de oración ya vividas por el novicio.

Conviene aclarar qué se entiende por conservación. No se trata de conservar el ánimo de los novicios, sino de conservar a los novicios entendidos integralmente. Se trata de dos asuntos: el primero es

²⁹ Ver los comentarios de ALDAMA, A. *Iniciación al estudio de las Constituciones*, CIS, Roma 1981 y la tesis doctoral de HSU, A. *Dominican Presence in the Constitutions of the Society of Jesus*, Roma, PUG, 1971.

conservar en las virtudes. Virtus es la dynamis de las cartas paulinas, la fuerza del Espíritu que traen ya de los Ejercicios, la elección, a través de la cual han sido llamados y confirmados en este tipo de vida. La obra es de Dios, es su fuerza; a uno le toca conservarla, no perderla. Pero además hay una parte que toca al Novicio y a la Compañía formada que le acompaña: ayudar a que esa virtud crezca, "vaya en adelante". La virtud es para Ignacio en definitiva las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), es decir los signos de la consolación. Y también serían las virtudes cardinales. Como que las segundas ayudaran a hacer crecer las primeras. Las primeras son las que se han de conservar, las segundas tocan al adelantar. En todo caso, una vez más el protagonismo de la formación corresponde a Dios: a ésta sólo le queda conservar o aumentar lo que "Dios ya ha comenzado". Ignacio lo sabía bien cuando se mostró permisivo con el novicio alemán. Frente a las crisis vocacionales sólo había una pedagogía que asegurara resultados: enfrentar a quien la vive con el manantial mismo de sus deseos...

Para "conservar" ayudará, como en la oración de meditación, poner a funcionar las "tres potencias del alma": memoria, inteligencia y voluntad. El primer trabajo de la memoria consistirá en vaciar, limpiar "el disco duro" para prepararlo a un nuevo formato: mediante el aislamiento y ruptura (244-253), la ascética en las relaciones y "conversaciones" (244), un mayor control de los sentidos y movimientos (250), una nueva relación con el alimento (251-252) y el descanso (253), hasta llegar a una nueva mirada hacia el otro y hacia Dios (250).

El entendimiento formateará un nuevo contenido, tendrá como misión el aprendizaje en nuevos valores: la pobreza (254-257), la obediencia (258-259), el discernimiento (260), la vida sacramental (261) y el acompañamiento (261-264).

A la voluntad le corresponderá fomentar ciertas prácticas: reaccionar en la línea del "agere contra" (265), un nuevo modo de relacionarse con personas y cosas (266-268), de corregir al hermano (269-270), de presentarse exteriormente (271), de vivir la enfermedad (272) y de convivir comunitariamente (273-275).

Para poder *adelantar en las virtudes*, Ignacio optará por el modelo de la oración de contemplación tal y como se describe en el libro de los Ejercicios. Lo primero será ver, oír, mirar... es decir instruirse (276-280), aún con el ejemplo de los antiguos (276) y con la doctrina cristiana (277-279). Después de ver, vendrá el "reflexionar para sacar mucho provecho". Y eso lo logrará el novicio ejercitándose en la misión al predicar (280-281), en el 3º modo de humildad al servir (282.283), en la obediencia (284,285,286), en la pobreza. (287) hasta poder llegar a ser contemplativo en todo. (288). Este proceso concluye, como todas las contemplaciones, con la repetición, en este caso de la lectura de las Constituciones (291).

Resumamos el camino recorrido: a lo largo del capítulo analizado se da una progresión en el camino de los deseos que se inició en el Examen. Poco a poco se va pasando del "quiero" (que se expresaba en el Examen) al "es mi deliberación determinada" que se expresa en el uso de la voluntad y que toma todo su ser. Una vez más la espiritualidad de Ignacio no es ascendente sino encarnatoria, "kenótica". Las virtudes, y con ellas el novicio, van bajando a lo real hasta el nº 290 donde se concreta hasta lo que han de estudiar los novicios. Y en el segundo capítulo se va pasando de la integración personal del novicio a la integración de este en el cuerpo social de la Compañía. Y así, todo un tratado de ascética termina hablando del oficio del lavadero y del barbero!...(306).

7. "Hasta de los despojos de Egipto"

Probablemente la Parte IV es la de más difícil lectura. Por su forma está caracterizada por rasgos que la separan de las otras: ocupa un macizo compacto, un cuarto de todo el texto constitucional y 202 números divididos en 17 capítulos. Al leer el título ("***Del instruir en letras y otros medios de ayudar a los prójimos los que se retienen en la Compañía***") uno se esperaría todo un proyecto de seminario jesuítico; sin embargo, más se habla en ella del trabajo educativo de la Compañía en Colegios y Universidades que de los estudiantes jesuitas. Este asunto de la pastoral educativa, por otra parte, pareciera que toca al tema de la misión, que se estudia en la Parte VII. Sin embargo en ella

sólo se habla esporádicamente de los colegios en el capítulo 4, y para considerarlos como plataforma para las misiones locales.

¿Cómo explicar este aparente deslizamiento en el contenido del texto?. Algunos han argüido que todo el cap. 7 que se ocupa de los alumnos no jesuitas en los Colegios de la Compañía, y toda la segunda sección que habla de las Universidades, no estaban integradas en el texto constitucional a la muerte de Ignacio³⁰. Pero en todo caso, todo es texto constitucional y, como bien sabemos ya, Ignacio nunca quiso escribir en solitario esta obra.

Hay que leer este desplazamiento desde otra óptica. Aquí, como en otros muchos lugares de las Constituciones, la realidad desbordó al mismo texto. Y nada lo explica mejor que los Nos 307 y 308 con los que la Parte IV se inicia. Allá se nos explica la “decepción fundacional” de los primeros compañeros que no encontraban seguidores “buenos y doctos” de edad madura³¹ y terminaron por optar por “admitir mancebos que con sus buenas costumbres e ingenio diesen esperanza de ser juntamente virtuosos y doctos para trabajar en la viña de Cristo nuestro Señor” (308). No se piense que la idea nació únicamente del grupo europeo de los primeros compañeros. El primero en ponerla en obra fue Francisco Javier en Goa en 1542, aunque los europeos sólo supieron de ella a finales de 1543³². Después el proceso no se detuvo: Gandía, Mesina, Tívoli, Palermo, Viena y un largo etcétera de Colegios que terminaron por identificarnos a los jesuitas para siempre como docentes. Aproximadamente desde 1551, la Compañía comenzó a abrir colegios a un ritmo de unos cuatro o cinco por año, frente a lo que ocurrió en la primera década en la que los jesuitas no tenían ningún colegio. Una larga evolución desde lo previsto en los primeros textos que consideraban lo educativo como lejano de los intereses misioneros

³⁰ Tanto Aldama, págs 143 y ss como Roustang, págs 67-76, consideran esta segunda parte como tardíamente integrada en el texto y por ende, de menor valor “ignaciano”.

³¹ Recuérdense las exclamaciones de Javier desde las Indias en 1544 pidiendo a los eruditos de la Universidades europeas que vengan a ayudarlo en el trabajo de “alejear a tantas almas del camino del infierno”.

³² MHSI, *Epistolae Xavierii*, págs 132 y ss. Roma, 1944

hasta el Colegio Romano, donde el mismo Ignacio por ratos explicaba catecismo, y a cuyas puertas se leía un modesto cartel que decía *"Escuela de Gramática, de Humanidades y de Doctrina cristiana, gratis"*. Toda una evolución del que la mejor huella histórica será la famosa *"Ratio Studiorum"* aprobada en 1599.

A la muerte de Ignacio, la Compañía contaba ya con 1000 jesuitas. En Europa existían 50 casas, de ellas 4 eran Profesas o de probación y el resto eran Colegios. Después de la muerte de Ignacio, se abren varios Colegios cuya fundación había sido aprobada por San Ignacio: Colonia (Alemania) en 1556; Catania (Sicilia) en 1556; Ingolstadt (Alemania) en 1556; Murcia (España) en 1556; Amelia (Italia) en 1556 y Ocaña (España) en 1556).

¿Cuántos alumnos jesuitas existían en estos Colegios?. En general, el número era escaso según las investigaciones del P. Lukács³³. 34 de estos centros tenían menos de veinte jesuitas. Ordinariamente el número de escolares no pasaba de 3 ó 4. Y en cinco de esos centros sólo había un escolar. En cinco centros no existía ninguno.

Nada pues de "seminarios jesuíticos". Todo un inmenso proyecto pedagógico que obedecía a una de las intuiciones de la época final de la vida de Ignacio: el campo definitivo de la misión se decide en el área de la cultura. Tan parco en epítetos afectivos, no duda Ignacio en declarar esta opción: "para esto abraza la Compañía los Colegios y también algunas Universidades" (307)³⁴. Como diría el mismo Polanco escribiendo a Borja "la intención de nuestro padre es, especialmente para los principios, que los colegios se multipliquen y no las casas"³⁵. Ignacio fue comprendiendo con los años que de la opción por introducirse en el mundo de la cultura, para la que los colegios parecían una óptima plataforma, dependía la incidencia definitiva en el mundo de

³³ LUKACS, L. "De origine Collegiorum externorum deque controversiis circa eorum paupertatem obortis", *AHSI*, XIX, Roma, 1960, págs 189-245.

³⁴ De "abrazar" habla Ignacio en los Ejercicios cuando se refiere a la relación del Creador con la creatura (EE 15)

³⁵ *MHSI, Chron*, 2, 195

la cultura de su época. "Todo el bienestar de la cristiandad y de todo el mundo,-escribía al rey Felipe II,- depende de la educación conveniente de la juventud"³⁶.

Ignacio, como los primeros jesuitas, compartían con los humanistas la convicción de que sólo una adecuada formación puede cambiar las costumbres, "mores", de una sociedad. No podía existir una verdadera evangelización si ésta no se hacía a partir de la cultura. Y, en el texto de las Constituciones, el interés por ésta primó sobre la preocupación por los estudios de los jóvenes jesuitas. Este "matrimonio con la cultura" marcará para siempre la historia de la Compañía y no sólo en sus obras educativas, sino en el talante de su trabajo apostólico y en el estilo de su formación. Hablando de esta última, y cuando la Parte IV se describen las lecturas de Humanidades que se han de hacer, excluyendo los libros "deshonestos", Ignacio no duda en aconsejar que "de lo demás se podrá servir la Compañía como de los despojos de Egipto" (349). Y cuando se refiere al aprendizaje de las lenguas, no duda en afirmar que entre ellas deben incluirse la "arábiga, caldea o indiana para mayor utilidad en otras regiones" (449).

Tras este breve recorrido por la Parte IV, podríamos decir ahora que no se puede entender el texto constitucional sin una permanente referencia al contexto histórico del que brotó. Las experiencias apostólicas iluminaron las líneas maestras de la legislación de la Compañía. Y desbordaron incluso los primeros esquemas redaccionales. La historia iluminó las leyes que con el paso del tiempo resultaban obsoletas. No resulta por ello extraño que en la nueva formulación de las Normas Complementarias, todo lo referente al trabajo educativo de los jesuitas haya sido desglosado de la Parte IV e incluido dentro de la Parte VII. En la redacción ignaciana, los Colegios ocupaban un lugar secundario en esta Parte; sin embargo la historia fue reduciendo a ellos y al trabajo en las residencias la principal labor de la Compañía.

Escribiendo en 1560 a todos los Superiores en nombre de Laínez, entonces General, Polanco afirmaba que "hablando en general, hay (en

³⁶ AHSI. Mon. Paed, 1, 475.

la Compañía) dos maneras de ayudar a nuestros prójimos: una, en los colegios por medio de la educación de los jóvenes en las letras, en la doctrina y en la vida cristiana, y otra, en cualquier lugar ayudando a toda clase de personas con sermones, confesiones, y otros medios de acuerdo con nuestro modo de proceder... aunque cada jesuita debe llevar su parte del peso de los colegios”³⁷..

8. Algunos secretos sintácticos

Antes de concluir con el análisis del texto de las Constituciones será oportuno decir algo acerca de su lenguaje. Si ya en general es de difícil lectura, lo es aún más para los lectores de lengua castellana que, a cambio del privilegio de leer el texto original, tienen, como contrapartida, que confrontarse tanto con la sintaxis, como con la gramática y el vocabulario del siglo XVI.

Existen algunas estructuras sintácticas que tienden a repetirse a lo largo del texto. Desentrañarlas, como en la “historia de las formas” de los biblistas, ayudará no sólo a familiarizarse con ellas, sino a captar mejor su significado.

La primera de ellas, la más constante es la que podríamos llamar “*estructura ternaria de la frase ignaciana*”. Dicha estructura es la que hace que casi siempre la frase ignaciana resulte larga y algo pesada. Los ejemplos abundan desde los Proemios como en 134: en primer lugar Dios y la interior ley de la caridad como protagonistas de todo el proyecto de la Compañía. En el medio, la experiencia de los fundadores, el deseo del Vicario de Cristo, la colaboración demandada por la Providencia. Y en tercer lugar, la decisión final: “tenemos por necesario se escriban Constituciones”.

El esquema se repite hasta la saciedad. Al comienzo de la Parte II los nuevos tres términos serían: el deseo de aumentar los operarios, la necesidad de que tales operarios sean idóneos, el hecho de despedir (204). La misma lógica atraviesa la constitución 243 con la que se inicia la Parte III: vistas las llamadas de Dios para admitir, analizados los

³⁷

MHSI. *Mon Paed*, 3, 305-306.

datos que dan los que muestran no haber sido llamados, ahora vienen las consideraciones relativas a los que se retienen.

Los ejemplos se multiplican por aquí y por allá: 288, 292, 298, 307, 351, 392, 446, 462, 516, 547, 582, 586, 595, 602, 603, 618, 655, 719, 789, 790 y 812.

Analizados con un mayor detalle constataremos que en general se trata de textos introductorios de una de las Partes o de algún tema importante de las mismas. Frente al tono programático de otras muchas de las disposiciones que se enuncian en futuro, éstas suelen comenzar con un gerundio. Siempre la frase final expresa la decisión que el párrafo transmite. Es decir, esta forma sintáctica no es otra que la expresión del proceso de la elección que el autor o los primeros compañeros han hecho sobre un tema. Sólo que Ignacio no nos quiere ahorrar el camino, sino que muestra todo el recorrido clásico de las razones a favor y en contra (los “cómodos e incómodos del libro de los Ejercicios). Esto hace la frase algo pesada, pero a cambio nos muestra con densidad todo el proceso de discernimiento que le ha precedido.

Otro de los secretos sintácticos que más salpican el texto son “*los epílogos retóricos*” con los que muchas constituciones o declaraciones concluyen. Suelen hacer relación a expresiones referidas al Principio y Fundamento: “para la mayor gloria de Dios”, “con el favor de la Divina y Eterna Sapiencia”, “como conviene en el Señor nuestro”, a mayor gloria y servicio de Dios nuestro Señor”.

No será necesaria mucha investigación en el texto para encontrar este tipo de “retintines” aparentemente sin mayor significado que el que la disposición que les precede anuncia. Citemos algunos de los muchos pasajes de los que el texto constitucional está plagado: 138, 148, 152, 156, 161, 164, 189, 190, 196, 202, 207, 225, 230, 231, 242, 244...

¿Cómo entender estos finales rimbombantes tan repetidamente dispersos por todo el texto? ¿Son algo más que “material de relleno”? En realidad suelen tener un objetivo y una razón de ser. El objetivo siempre ignaciano es el entroncar lo particular con lo general, lo que

“más conduce”. Por eso, en general encontraremos este tipo de epílogo ubicados después de disposiciones muy concretas (en su mayoría declaraciones). Pero además tienen otra razón de ser: suelen denotar cortes del texto precedente en la nueva redacción posterior, sea cual fuera la que precediera. Aquí hay que ver la mano de Polanco que investido del estilo espiritual de Ignacio suaviza el corte brusco producido sobre una frase con un final ennoblecedor. Los términos son plenamente ignacianos pero la inclusión en el texto, en la mayoría de los casos, es de Polanco. Como vestigios de una operación quirúrgica que ha precedido nos servirán para encontrar las huellas de una nueva formulación redaccional.

Una tercera “picardía sintáctica” son las “*condensaciones históricas*”. Aunque son de gran importancia para entender todo el texto al que hacen referencia, suelen darse en las declaraciones. A través de estas condensaciones, se nos dan resumidas las razones que han llevado a una determinada opción. En su mayoría son razones de carácter histórico y establecen una adecuada relación entre el texto constitucional y el contexto que lo hace explicable.

En general son párrafos de una gran importancia histórica; muchas veces resumen en frases toda la evolución de un asunto de capital importancia para los jesuitas que vivían en el momento en que las Constituciones son redactadas.

Algunos ejemplos: el más conocido es el de la declaración 308 que resume en un largo párrafo todo el discernimiento de la primera Compañía acerca de los Colegios y Universidades. Habla en pasado (“hallamos cosa muy dificultosa que...”, “nos pareció a todos”, “que tomásemos otra vía”... “nos persuadimos”..). Hablan del pasado para hacer explicable el presente que la disposición constitucional formula. Otro caso es el que refiere a la historia de los fundadores de Colegios que el 309 resumen. Un nuevo documento similar es el de la declaración que especifica los detalles relacionados con la pobreza de un Profeso cuando este pasa por un Colegio (359): aquí Ignacio opta por condescender sin escrúpulos aún en los detalles: “las cosas mínimas reputantur pro nihilo”.

Más famoso es el caso de la condensación histórica sobre el origen del cuarto voto que la declaración 605 ofrece, una vez más enunciada en pasado ("la intención del cuarto voto no era..."). Todo el relato acerca de la elección del Prepósito General que la Parte VIII describe (694-710), aunque redactado en futuro, en realidad sólo describe el pasado de la primera elección de General que Ignacio vivió con tantas dudas e incertidumbres. El último ejemplo, el más evidente, lo constituye el conjunto establecido entre la constitución 817 y la declaración 818. La primera formula el principio general de evitar la ambición "de prelación alguna"; la segunda explica la causa histórica de dicha disposición: las instancias hechas a la Compañía de tomar Obispos, así como el caso del "patriarcado y obispado de Etiopía"

Por último, digamos algo acerca de "*los párrafos de conexión*" tan frecuentes a todo lo largo del texto de las Constituciones. Ignacio, experto escribano desde los días de Arévalo no descuida los detalles. Busca que las diversas Partes de las Constituciones queden debidamente relacionadas entre sí y por eso acude a esos largos párrafos de conexión que preceden las diez Partes. No necesitaremos citar su lugar: le bastará al lector verificarlo por sí mismo. El primer documento de conexión lo constituyen los dos Proemios que encabezan las Constituciones.

Los párrafos de conexión suelen tener además un segundo objetivo: presentarnos el todo de la Parte que se comienza antes de bajar al detalle. Una especie de visión "gestáltica" antes de proceder al descenso encarnatorio que como ya hemos visto, caracteriza el desarrollo de las diversas Partes.

9. Las novedades complementarias

Aunque hasta ahora nos hemos ocupado de las Constituciones, será obligado concluir estas páginas con algunas consideraciones acerca de las Normas Complementarias (NC) aprobadas por la reciente Congregación, aunque ellas solas necesitarían un estudio aparte.

Las NC tienen por objeto revisar, renovar y actualizar el derecho propio de la Compañía, deseo expresado ya en el decreto 6 de la Congregación General XXXIII. Aunque ya desde 1978 se había creado

una comisión para estudiar el tema, la Compañía prefirió esperar a la promulgación del Nuevo Código de Derecho Canónico para emprender dicha adaptación ya recomendada por el Vaticano II. En general, cabría decir que la Compañía, más volcada en la adaptación a los retos de la vida apostólica, había puesto menos atención a la renovación, incluso jurídica, de su vida interna.

En un primer proyecto, la comisión simplemente atendió a los aspectos estrictamente normativos con un resultado poco inspirador. Una segunda comisión trató de combinar el estilo de las Constituciones manteniendo a la vez el tono normativo con la inspiración carismático-espiritual. Optaron por revisar y actualizar únicamente las Constituciones y las Congregaciones Generales, dejando al margen tanto la Fórmula del Instituto como los escritos de los Generales. Por eso mismo se mantuvo como estructura la de las 10 Partes de las Constituciones. Explícitamente se optó por no publicar las NC separadas de las Constituciones. Según los casos, ciertas disposiciones han quedado suprimidas (“derogadas”), transformadas en su contenido (“modificadas”) o ampliadas con nuevas aclaraciones (“declaradas”). Dichas declaraciones y modificaciones se explicitan en las NC.

¿Cuáles serían los cambios más significativos en la legislación de la Compañía?. Ante todo conviene advertir al lector que no debe esperar cambios trascendentales, como suele ocurrir en general en los textos jurídicos. La riqueza de las NC estriba más bien en un doble trabajo: la integración adecuada de la nueva imagen del jesuita y la actualización de las dimensiones de la misión, una y otra puestas ya en circulación desde la Congregación General XXXI (lo que explica las constantes referencias a dicha Congregación). Más que innovar, las Normas Complementarias en muchos casos sistematizan lo que ya era “moneda en circulación” desde el postconcilio. No hay mucho nuevo bajo el sol... Sigue siendo verdad, ahora como en los días en que Ignacio y Polanco redactaron las Constituciones que la vida precede a las leyes.

Esto no quiere decir que las NC carezcan de originalidad. Su mayor valor reside en la sistematización que han logrado, resultado de un ingente trabajo de revisión de la legislación jesuítica. Para quien se

incorpora a la Compañía, le ofrecerán una óptima imagen del Instituto, de “nuestro fin y scopo” que gustaría decir Ignacio. Para quien ya “milita bajo esta bandera” lograrán reavivar con nuevos contenidos y expresiones muchos elementos de la vida de un jesuita, cuyas formulaciones amenazaban ya de derrumbe. Sin lugar a duda son la mejor síntesis que poseemos de lo que hoy es “nuestro modo de proceder”. No creo que sea adular a los congregados afirmar que nunca a lo largo de la historia de la Compañía se había realizado un esfuerzo de renovación jurídica como al que asistimos en la Congregación General XXXIV.³⁸

Existe un primer tipo de novedades que caían de su propio peso por haber perdido todo valor histórico. El origen de estos cambios (en su mayoría derogaciones) hay que buscarlo simplemente en el sentido común. El lector sentirá más risa que sorpresa al encontrar su derogación en el texto: los Maestros de Novicios ya no podrán abrir la correspondencia escrita entre los novicios y sus “deudos” (246); la servitud legítima (porque ya no es legítima al menos en los códigos en circulación) dejará de ser un impedimento para ingresar a la Compañía (173, 217); el caso de los que ingresaban al Noviciado provenientes ya de los Colegios (202, 205); en los noviciados podrán existir implementos deportivos e instrumentos musicales (268), los Colegios no tendrán que acomodarse a la Regla del Colegio de Roma (396) ni su Rector estará obligado a explicar el catecismo durante cuarenta días (437); las casas de la Compañía podrán poseer vehículos (576) y en las Iglesias se podrán administrar sacramentos aún en tiempo “de Pascua florida” (642) y los representantes de “las Indias” podrán acudir a las Congregaciones de Procuradores con la misma periodicidad que los de otras Provincias (679).

Un segundo tipo de novedades deben su origen a las transformaciones que ha experimentado el derecho de la Iglesia con la promulgación del Nuevo Código del Derecho Canónico y las

³⁸ Vid. PADBERG, J.W - O'KEEFE, M. D - McCARTHY, J.L. *For Matters of Greater moment. The First Thirty Jesuit General Congregations*, Institute of Jesuit Sources, Saint Louis, 1994

disposiciones paralelas del Código de las Iglesias orientales. Entre ellas baste recordar la nueva edad mínima necesaria para el ingreso al Noviciado (NC 24 &3), la separación establecida entre la cuenta de conciencia y la confesión (200, 261, 278), o las penas decretadas para quien mostrase signos de ambición en la Congregación General (696). Tal vez la modificación más notoria, -por su evidencia-, es la de las disposiciones concernientes a los contenidos y métodos de estudio en la formación que aparecen en la Parte IV, los números 366 al 388 que han sido sustituidos por las NC 81-88.

Pero la más significativa jurídicamente, porque toca a la Fórmula del Instituto es la que permite al General de la Compañía cerrar alguna de las obras sin necesidad de convocar Congregación General (322, 441).

Por último hay un tercer tipo de novedades que son más una opción de los congregados que una simple adecuación al momento histórico. Sin querer ser exhaustivo, subrayaré las que considero más importantes. Un primer grupo se refiere a los votos y la profesión. Aunque, por decisión de la Santa Sede, el tema de los grados no ha sido alterado, la Congregación General XXXIV autorizó al P. General para que representara ante el Papa según su juicio.

Por lo que se refiere a los últimos votos, las NC tienden a homogeneizar las disposiciones concernientes a la concesión de la profesión solemne (NC 121), suprimiendo los requisitos de edad y antigüedad en la Compañía e incluyendo otros relacionados con el tiempo de trabajo apostólico, la disponibilidad y la suficiente salud física y psicológica.

El examen "ad gradum" (NC 93, 121 &2) se ha suprimido como requisito necesario para la profesión solemne; es sólo una alternativa junto a los títulos académicos, la práctica de la enseñanza y la publicación de escritos. En todo caso se requiere la evidencia de la preparación suficiente en el campo de las ciencias sagradas.

La Tercera Probación de los sacerdotes no debe diferirse más de tres años después de la ordenación (NC 125).

Los votos simples de los profesos solemnes han sido aclarados en su formulación (NC 135).

La posibilidad de situaciones críticas en la salud del P. General han sido previstas en NC 366. Incluso en contra de la voluntad del General disminuido en sus facultades naturales, sus Asistentes "ad providentiam" podrán nombrar Vicario General, cuyo nombre está ya preestablecido en secreto, a quien le corresponderá convocar la Congregación General que ha de elegir al nuevo Prepósito General.

Los Consejeros Generales y Asistentes modificarán su estructura como sus tareas a tenor de lo establecido en los capítulos segundo a quinto de las NC correspondientes a la Parte novena.

También la composición de las Congregaciones Provinciales y General son modificadas según el Decreto correspondiente de la Congregación General XXXIV incluido en las nuevas Fórmulas de dichas Congregaciones. Tal vez el cambio más significativo resida en la posibilidad de los Coadjutores formados de participar con voz activa tanto en la elección del General, como en la aprobación de los asuntos a tratar en Congregación General.